



VIAJE AL DESIERTO DE LOS TÁRTAROS

.....
de Lorenzo Silva

Experimenté la necesidad de conocer Afganistán allá por el año 2001, cuando ese país hermoso y pobre, maltratado por la historia y por la geografía — hay quien sostiene que la una es consecuencia de la otra — se convirtió en el centro candente del nuevo siglo, el lugar inesperado para muchos donde de pronto se ventilaba el meollo del conflicto que lo inauguraba, amenazaba con marcarlo y, vano es querer engañarse, dura hasta hoy.

A esa necesidad se unió en seguida un proyecto de relato, referido al hecho, nunca demasiado ponderado, y aun sometido a una extraña sordina mediática, de que se cuentan por miles los españoles a los que se envió armados a Afganistán, con una misión de viabilidad cuando menos dudosa pero cuyos riesgos, en cambio, eran muy ciertos. Al final, durante los quince años que duró, el coste se elevó a un centenar de vidas perdidas, más un número indeterminado, y tampoco parece haber interés, de veteranos que volvieron con secuelas físicas o psíquicas.

Este proyecto condicionó a su vez el de mi hipotético viaje. No fue nada fácil llevarlo a cabo, a causa de la política de cerrojazo informativo impuesta no por los militares sino por sus jefes ministeriales, tanto del gobierno Aznar como de los sucesivos gobiernos de

Zapatero. Fue el gobierno de Rajoy el que cambió esa política y permitió al fin que quien firma estas líneas, entre otros, viajara a las bases españolas en territorio afgano.

Así fue como en julio de 2014, con apenas día y medio de preaviso — el viaje dependía de que alguno de los vuelos que trasladaban al personal llevara plazas sobrantes — pude al fin embarcarme rumbo a la FSB (*Forward Support Base*, o base de apoyo avanzado) de Camp Arena, en Herat. Se me dio la oportunidad de pasar en ella una semana, conviviendo con los militares allí destinados. Y estar con ellos, y conocer de su mano las vicisitudes de nuestra intervención en aquel remoto país, y de paso la cruda realidad de este, es una de esas experiencias que marcan un antes y un después en la percepción de uno mismo, del género humano y del mundo en el que uno creía vivir.

Es poco el espacio aquí disponible para contar todo lo que el viaje deparó. De él salieron varios reportajes y un par de libros (*Música para feos* y *Donde los escorpiones*) a los que me remito. Sólo aspiro a dejar aquí alguna pincelada. Por ejemplo, el viento constante, el calor abrasador, el polvo amarillento que lo velaba todo. La base rodeada de alambradas y *hesco-bastions*, desde la que por la noche, encaramándome a alguna de las torres que sobresalían del parapeto, contemplaba bajo la luna el espacio mudo y siempre potencialmente hostil — de vez en cuando, te advertían al llegar, de allí partía algún proyectil de mortero o

RPG, aunque según se contaba no solían demostrar mucha puntería—. La experiencia de salir al campo abierto en un convoy de blindados con medidas de seguridad extremas — las ametralladoras alimentadas y siempre listas — que nunca se detenía y ante el que todos los demás vehículos se apartaban. La sensación de bajar del blindado, bañado en sudor bajo el casco y el chaleco de veinte kilos, y de repente estar en mitad de una llanura sin más asidero visual que unas montañas lejanas, desdibujadas bajo el polvo, casi como si uno acabara de llegar a Marte.

Era como estar en el desierto de los tártaros de la novela de Buzzati, pero actualizado al siglo XXI. Lo más inolvidable, con todo, fueron las largas horas de conversación con la gente de la base, cuyo testimonio daba cuenta de la dureza de la vida de los afganos; en especial, de las afganas. Fue en Herat, por cierto, donde se dio el pretexto para la invasión soviética de 1979, cuando los habitantes de las aldeas cercanas, contrarios a la escolarización de sus hijas, mataron a estas, y a los profesores, y a los funcionarios del gobierno comunista que auspiciaba aquella medida, y cayeron sobre la ciudad. Lo cuenta Rodric Braithwaite en *Afgantsy*, que quizá sea, junto a la excelente *Los muchachos de zinc*, de la premio Nobel Svetlana Alexiévich, una de las más agudas narraciones disponibles para acercarse a la historia de la que vienen todas las desdichas recientes de los afganos.

EL VIAJE COMIENZA AQUÍ



DESDE



1924

RAMÓN BILBAO